

Director y Representante Legal
Marcelo Contreras

Director Adjunto
Sergio Marras

Editor General
Andrés Braithwaite

Editor Economía
Hugo Traslaviña

Editora Internacional
Pilar Bascuñán

Editor Magazine
Francisco Mouat

Redactores
Mónica Blanco, Claudia Donoso, Elena Gaete, Marcelo Mendoza, Nibaldo Fabrizio Mosciatti, Patricia Moscoso, Pía Rajevic, Jorge Andrés Richards, Elizabeth Subercaseaux, Milena Vodanovic

Colaboradores
Irene Bronfman, Alfonso Calderón, María Eliana Castillo, Currutaco (Rodrigo Pinto), Guillermo Bastías, Pedro Lira, Rodrigo Moulian, René Naranjo, Juan Andrés Piña, José Román, Jaime Valdivezo

Fotografía
Inés Paulino, Alvaro Hoppe

Documentación
Eugenio Toledo

Diseño Gráfico
Vesna Sekulovic
Carlos Altamirano

Servicios Internacionales
Brecha, El País, El Periodista, Inter Press Service, Le Monde, Le Nouvel Observateur, Rinascita, South, Tempo, y una red de corresponsales

Consejo Editorial
Nemesio Antúnez, Soledad Bianchi, Sergio Bitar, Carmen Castillo, Jaime Cataldo, Enrique Correa, Germán Correa, Ariel Dorfman, Mariano Fernández A., Angel Flisfisch, Armando Jaramillo, Miguel Lawner, Luis Maira, Germán Molina, Jorge Molina, Heraldo Muñoz, Ricardo Núñez, Aníbal Palma, Adriana Santa Cruz, Rodolfo Seguel, Nissim Sharim, Enrique Silva Cimma, Juan Gabriel Valdés, Sergio Vuskovic

Gerente
Fernando Villagrán

Secretaría Ejecutiva
Paulina Taibo Grossi

Publicidad
Gerente de Ventas: Ximena Tormo
Ejecutivos de Cuentas: Mónica Cid, Elizabeth Pape

Suscripciones y Distribución
Carlos Ruiz

Redacción y Administración
Alberto Reyes 032
Providencia
Fono: 775643 - 775450

Caja 9896
Correo Central
Santiago de Chile

Impresión
Capricornio, que sólo actúa como impresor

La enfermedad autoritaria

Durante estos largos años de régimen militar el autoritarismo ha sido la doctrina oficial. Los gobernantes han terminado por convencerse de que su poder viene de Dios, y no vacilan en afirmar que periódicamente conversan con él para consultarle materias contingentes, las mismas en que, sin embargo, niegan competencia a las autoridades eclesiásticas.

En nombre de una identidad nacional arbitrariamente definida, otorgan a su verdad el derecho de proscribir y reprimir ideas. Por ese motivo, a través de una década y media han gobernado al país como si los chilenos fueran menores de edad, e incapaces por tanto de resolver por sí mismos, de modo soberano, su propio destino. La manera como el general Pinochet encara su personal campaña electoral, bajo la consigna "yo o el caos", es demostrativa de esta desconfianza, que se expresa en la descalificación no solamente de los políticos, sino que en la del país en su conjunto. Por esta razón no se contempla una elección libre y abierta como forma de sucesión presidencial. La Junta de Gobierno deberá designar al candidato que, a su exclusivo juicio, reúna las mejores condiciones para proyectar las ideas-fuerza que han animado la acción del régimen militar desde 1973. A los chilenos no les quedará más que aceptar o rechazar tal designación. De la misma manera, el modelo de democracia protegida que aspira a imponer el general Pinochet como proyección del régimen militar, es una forma de interdicción y tutela militar sobre el futuro.

El problema mayor es que este espíritu ha trascendido con mucho a los gobernantes, para hacerse carne, también, en grandes sectores de la vida nacional. El autoritarismo, qué duda cabe, es una enfermedad contagiosa: A fin de cuentas, es mucho más fácil ordenar que persuadir. Así es como se empieza a militarizar el país. Los funcionarios esperan que sus órdenes se obedezcan. Los empresarios, que sus obreros observen una rígida disciplina laboral. Los uniformados, que se acaten las órdenes.

Este es el espíritu que empieza a impregnar la sociedad. En la oposición, la diversidad termina en división y las diferencias en exclusiones, y los liderazgos aspiran a su perpetuación. Las dirigencias aspiran a la obediencia, en una relación que progresivamente se rigida, provocando el distanciamiento entre las bases y las cúpulas. En muchos casos el temor al conflicto se transforma en rechazo a la pluralidad.

Quizás una de las razones que pudiera explicar la extensa historia democrática de Chile fue precisamente el reconocimiento y la valoración positiva que el país hiciera de la diversidad y del pluralismo social, político y cultural, que constituía nuestra verdadera identidad nacional. El llamado "estado de compromiso", que durante largo tiempo fue el soporte de nuestra democracia, se afirmaba en esta idea de pluralidad, que requería de la negociación y el consenso para darle gobernabilidad al país.

Chile está enfermo de intolerancia, integrismo y dogmatismo. Está, en suma, enfermo de autoritarismo. Cada uno se siente poseedor de una verdad absoluta que quiere imponer al otro. Ya no se argumenta con la razón. Eso, que tiene su explicación en el campo religioso —que se sostiene en dogmas—, llevado al campo de lo social acaba inevitablemente en dictadura, de cualquier signo. Con inquisición y todo. •